

LOS PRINCIPIOS.

SERIE III.

Quito, agosto 2 de 1883.

NUM. 33.

REDACTOR PROPIETARIO, ANGEL POLIBIO CHAVES.

NUESTRO PROGRAMA.

Guerra á muerte á los partidos de hombres, luchar porque imperen los principios y se dé representación á las minorías; en una palabra—REPUBLICA.

"LOS PRINCIPIOS."

QUITO, 2 DE AGOSTO DE 1883.

Con ardoroso entusiasmo ha celebrado esta capital el Centenario del inmortal HÉROE SIMÓN BOLÍVAR, Padre y Fundador de cinco Repúblicas. El afhorro ocasionado por el recuerdo de esta gran fecha, unido al del espléndido y Providencial triunfo que acaban de alcanzar las fuerzas Restauradoras sobre las hordas de la infame dictadura, no ha tenido límites en nuestra Patria.

Plumas diestras describirán, para honra del Pueblo ecuatoriano, las ovaciones que éste ha tributado á su Libertador en los días de su Centenario; limitándonos nosotros á engalantar las columnas de nuestro periódico, en obsequio del HÉROE, con dos importantísimos documentos, muy poco conocidos de nuestros conciudadanos: el elocente y patético discurso pronunciado el año de 1829 por nuestro esclarecido literato y valiente General Doctor Don Francisco Javier Salazar, con ocasión de la junta habida en Guayaquil para erigir una estatua al Vencedor en cien combates gloriosos contra las huestes españolas; y el memorial dirigido por las personas más notables de Quito al Libertador SIMÓN BOLÍVAR, ofreciéndole el Ecuador por su mansión, en los momentos en que la ingratitude de su propia Patria, lo obligaba á separarse de ella. He aquí los referidos documentos.

DISCURSO

LEIDO POR EL GENERAL FRANCISCO J. SALAZAR EN EL ACTO DE LA INSTALACIÓN DEL COMITÉ.

Señores:

Cuando allá en las suaves colinas que decoran las planicies asentadas entre las cordilleras de nuestra patria, las bandadas de segadores que esgrimen sus cortantes hoces en medio de las mieses agitadas por el viento, dan paz por un instante á los robustos brazos ocupados en la faena, y entonan cierto canto solemne que el eco repercute en las quiebras de los montes, esta actitud y este cantar emblesan al observador é inundan su espíritu en un mar de dulcísimas emociones. ¡Sabeis por qué? Ah, señores! porque así tributan al que hace germinar en la tierra la cimiento del precioso cereal y agrupa en la espiga el sazonado fruto, el homenaje de su gratitud; y la gratitud es la expresión más sim-

pática del amor, el oloroso incienso quemado por la justicia en aras de la munificencia, uno de los más preciosos atributos del entendimiento que discurre y aplaude, y de los más bellos brotes del corazón que siente y ama. Y bien, señores, este elevado afecto es el que os ha reunido aquí para buscar en las inspiraciones de vuestro patriotismo los medios conducentes á que sea una realidad la fórmula magna en que los jóvenes afiliados en la Bomba *Salamandra* se proponen resolver un pensamiento suyo muy digno de alabanza.

Oh! si me fuera dado encomiar dignamente el patriótico impulso que los ha movido á concebir tan feliz idea! Mas por desgracia tal empresa es muy superior á mis fuerzas, porque habiendo de girar mi discurso en torno de una gigantesca reputación, mi débil palabra quedará no sólo muy abajo de la sublime talla del hombre á quien se trata de honrar, sino también de los pensamientos expresados en su obsequio por tantos oradores elocuentísimos, elevados poetas y políticos profundos. Sin embargo, cuando los patriotas de la *Salamandra* me han hecho la honrosa confianza de encargarme la instalación de este ilustre comité, han pensado, sin duda, en que algo debía yo decir para solemnizar un acto tan memorable. Obedezco, pues, á su voluntad, por más que se oponga al buen desempeño de mi comisión lo limitado de mi pobre inteligencia. Entro en materia.

Señores: el proyecto que nos proponemos realizar encierra tres elementos, á saber: un hombre, una estatua y un lugar.

¿Quién es el hombre? Fijemos, para hallarle, una mirada investigadora en lo que pasaba más de ocho lustros há, en la quinta de San Pedro, situada en la costa colombiana bañada por el Atlántico. Allí, un personaje de noble fisonomía, extendido por la amargura del pesar y los estragos de una enfermedad que devora su levantado pecho, dirige en su agonía la moribunda palabra á un pueblo de héroes, haciendo votos por la felicidad de su patria; y muere pobre y tranquilo como Sócrates, perdonando, como el hombre Dios, á sus perseguidores "que le han conducido á las puertas del sepulcro." Y este hombre, es nada ménos que el Libertador de Colombia, el Padre y Salvador del Perú, el Fundador de Bolivia, el egregio é inmortal BOLÍVAR, inclito, denodado y eminentísimo capitán; patriótico sin rival en la vehemencia de su amor á la América y en lo arduo y

encumbrado de las hazañas que hizo en servicio de su independencia; político admirable, que leía con vista de águila en el libro de lo porvenir y manifestaba al mundo las revelaciones de su ingenio en el lenguaje breve, varonil y sublime de los profetas bíblicos, ciudadano preclaro, que consagró su alma de fuego y su magnánimo corazón al engrandecimiento de cinco naciones; gran poeta, cuyo primer mérito consiste en que siempre ignoró que lo era; orador enérgico como O'Connell, conciso como Demóstenes, arrebatado como Marco Tulio; hombre virtuoso como Washington, desprendido como Cincinato, grande como Catón.

Seguidle, señores, con las alas de la imaginación en su brillante carrera, desde que allá en Europa juró sobre la sagrada cima del monte Aventino dar libertad á su adorada patria, hasta el luctuoso día en que acá en América exhaló el postrer aliento en una playa solitaria, golpeada por las olas de la mar. ¿No le veis cual discurre en el fogoso corcel por cien y cien campos de batalla, blandiendo su espada brillante y terrible contra los opresores de este continente, en medio del humo del cañón y de los lagos de sangre formados por las pujantes lanzas de los intrépidos hijos de los Llanos? ¿cómo planta el estandarte de la victoria en el peñón de Tenerife, y se lanza en seguida desde allí como un torrente, arrollando en su curso atronador á los enemigos de la patria en Guamal, Banco, Puerto Real y Tamalameque, hasta presentarse en Ocaña como el ángel de las batallas destinado por el Dios de los ejércitos á hacer pedruzcos las cadenas de la opresión extranjera y arrojarlas lejos al fondo del océano? ¿No le veis cómo desordena, destroza ó rinde á nuestros conquistadores en Aguada, Arboledas, Yagual y San Cayetano? ¿cómo al paso de ataque, empuja, hien-de y desordena las filas españolas de Correa y ocupa gloriosamente á Cúcuta? ¿cómo acusa al feroz Monteverde hasta tenerle jadeante, iracundo y sombrío, encerrado en la plaza fuerte de Puerto Cabello? ¿cómo fatiga, arremolina y rompe las compactas huestes de Morillo, que lidiaron bizarramente con las impetuosas legiones lanzadas al corazón de España por Napoleón el grande? como... ¿Pero á dónde voy? Los combates y batallas de la magna guerra se suceden en los inmensos territorios que median entre el Orinoco y el Potosí, como las olas del océano en un día de tempestad.

Desde los sangrientos campos de Bonza, San Mateo, Pantano de Vargas y Carabobo, hasta las llanuras de Junín, el bridón cabalgado por BOLÍVAR iba hollando los jirones enlodados del pabellón de Castilla, por en medio de rotas huestes, cureñas volcadas, cañones ennegrecidos por el fuego de la pólvora, palpitantes miembros de hombres y caballos, adalides vencidos, presidentes y vi-reyes derribados. Sí, señores, así marchó BOLÍVAR, llevando en su diestra el iris de Colombia, con cuyos vivos colores gustaba tanto ataviarse la Victoria en sus días de gala, durante la gran lucha de nuestra independencia.

¡Bien sabeis, señores, que las palabras que acabo de pronunciar están exentas de toda exageración y falsedad. Pero hay menguados enemigos de BOLÍVAR que se han propasado á negarle sus glorias. Ah! delante de ellos y para confundirlos, yo os invoco, odiosas sombras de Monteverde, Tiscar, Fierro, Izquierdo, Zuazola, Bóves, Rosete, Moráles, Morillo, Latorre, Aimerich, Canterac y á todos los demás que oprimisteis á Colombia, Perú y Bolivia; á todos los que talasteis sus campos y entrasteis á saco sus ciudades, á todos los que asesinasteis á nuestros prohombres, á nuestros sacerdotes, á nuestras matronas, ¿qué os hicisteis al ímpetu de los valerosos campeones de la victoria, comandados por nuestro Libertador? ¿No fué éste para vosotros lo que el águila que avanza con el fuego llevándose por delante en humo y en ceniza los matatorales de espinos y de zarza que suelen inundar terrenos que debieran producir la riqueza y la abundancia, cultivados por el hombre independiente y libre? ¿No os alejasteis unos de este suelo sagrado para no volver á él jamás? ¿No mordisteis otros el polvo al empuje de las lanzas de Colombia? ¿No os acostisteis muchos á la magnánima clemencia del vencedor? ¿Y vosotros también manes venerandos de Arizmendi, Jirardot, Santander, Urdaneta, Montilla, Córdova y tantos otros que asombrasteis al mundo con el brillo de vuestras admirables hazañas, ¿quién inflamó vuestro esforzado corazón con el fuego patrio que os impulsó á acometer los heroicos hechos que la fama pregonaba? ¿Quién os condujo de la mano á que tomarais asiento entre los inmortales? ¿Quién sino BOLÍVAR? ¡Sí, señores, y él fué también quien convirtió al invicto Páez, á este Aquiles americano, al que nunca faltó tampoco para la guerra la astucia de Ulises ni la prudencia de Néstor, en el rayo ex-

terminador que serpeando en las Quoseras del Medio, entre las filas del bravo y aguerrido ejército de Morillo, sembró en ellas el pavor y la muerte, y regaló así a la historia de Colombia una página tan gloriosa, que en vano se buscaría otra igual ni en la fabulosa epopeya creada por el alta mente de Homero. Y tú, esclarecido Ricaurte, que volaste al cielo envuelto en el humo glorioso de la pólvora inflamada con tu propia mano, que fuiste a un tiempo el inmolador y la víctima de un sacrificio sin ejemplo por su heroicidad y augustos fines, bien supiste al lanzarte a la eternidad que el héroe entre los héroes te admiraría y lloraría. Y tú, oh Sucre, joven imperterrito, que tuviste la dicha de reunir en tu persona la ciencia de la guerra y el valor del llanero, ¿habría acaso cabido en suerte los inmarcesibles laureles de tu Ayacucho y tu Pichincha si Bolívar no hubiera venido al mundo? Ah, señores! qué grande es Bolívar como guerrero! Pero lo es más todavía como patriota. Veámoslo.

En la portentosa lucha que sostuvo por tanto tiempo con los españoles en bien de la patria, lejos de serle siempre propicia la fortuna, solía, por el contrario, volverle la espalda con frecuencia, dejándole muchas veces en desesperadas situaciones; más no por eso se abatía ni desalentaba su corazón heroico, templado al fuego del amor patrio, y antes bien los reverses le daban nuevo brío para volver á la lid. Y si entonces su buena estrella caía apagada á sus pies, él la tomaba con la mano, la colocaba de nuevo en su cenit y la obligaba á brillar. Los obstáculos que se oponían á la independencia de nuestro país, desarrollaban más la energía de su carácter. A medida que ellos se multiplicaban, su alma irritada con las contradicciones sacaba de su seno nuevas fuerzas, mayor ímpetu, tesón más pertinaz, actividad más asombrosa que en las circunstancias opuestas; y saliendo de madre, si me es permitida esta expresión, arrollaba todo lo que se oponía á sus esfuerzos y se lanzaba con redoblado aliento en la sangrienta lucha ó al árido campo de la organización política. No de otra manera las aguas de un torrente, represadas por los derrumbamientos de un cataclismo, se hinchaban al fin y rompen furiosas y atronadoras los diques de granito que las aprisionaban, empujando hacia adelante con su irresistible masa los pedrones y bascos que encuentran al paso, y hasta que logran inundar los valles sedientos y estériles, y los vuelven la frescura y el verdor que habían perdido.

Los contratiempos, las rivalidades lugareñas ó de personas, las derrotas y la destrucción misma, ora fuese física como la que produjo el terremoto de Venezuela, ora moral como la funesta capitulación de Miranda, eran para su genio veneros inagotables de nobles ideas, manantiales fecundos de magníficas inspiraciones. Para probarlo, bástame citar la célebre memoria que dirigió á los ciudadanos de la Nueva Granada el 15 de Noviembre de 1812, sobre las causas que condujeron á Venezuela á su aparente aniquilamiento en la aurora de su emancipación. Y ya que aludo, señores, á este importantísimo documento, no puedo resistir al deseo de referir uno que otro pensamiento en el conmovedor.

«Los códigos, dice el héroe, que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que imaginándose repu-

blicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad humana.

«Si Carácas, en lugar de una confederación lánguida é inconsistente, hubiera establecido un gobierno sencillo, cual lo requería la situación política y militar, tu existieras, oh Venezuela, y gozarías de tu libertad.»

«¿Qué convicción tan profunda de la verdad que expresa! Y cuánta amargura no se descubre en el alma del caudillo colombiano, en la sentida apostrofe que hace á su patria, al verla de nuevo esclava y ahorrada!»

«Ah, señores! si se hubiese meditado bien en estas y en otras mil sentencias de Bolívar, ¿qué de sangre habría dejado de derramarse, cuánto descrédito habríamos evitado, y cuán adelantada estaría hoy la América en la práctica de lo que se llama la sustancia de los gobiernos!»

«Tuvimos, añade el joven guerrero, filósofos por jefes filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sobistas por soldados.»

«Pero volviendo á mi propósito, uno de los rasgos más significativos, de lo que Bolívar fué en la adversidad, se halla en las siguientes patéticas y conmovedoras frases:

«Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Carácas, escapado prodigiosamente de un medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido á seguir aquí los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolaban en estos Estados.»

«Notad, señores, que nuestro héroe no va como el anciano rey de Hión á arrodillarse á los pies de Aquiles vencedor, besándole la mano que había quitado la vida á su hijo; ni como el coloso cuyo poder fué herido de muerte en Waterloo, se acompaña á Temístocles para pedir hospitalidad y amparo á sus mismos enemigos. Lejos de esto, sin ser rey como Príamo, ni emperador como Napoleón, sino un joven apenas conocido en las playas á que arriba, se presenta en ellas, no á los tiranos de su patria, sino á los que sin fuerzas ni recursos se habían empeñado con ellos en una guerra desesperada; y lo que solicita no es sentarse en el hogar granadino, sino armas para seguir batallando bajo los estandartes de la independencia.

«Pero ¿cuál era el móvil que en bien de la América inducía á Bolívar á despreciar los peligros, las privaciones y las más penosas y prolongadas fatigas; á meditar en las lecciones de su reciente experiencia, aun en las amargas horas del infortunio; á emprender en viajes dilatados, á escribir y lidiar sin descanso? ¿Sería acaso la codicia? No, mil veces no: el hombre que siendo poseedor de un pingüe mayorazgo puso su fortuna al servicio de la independencia; el que dió libertad á sus esclavos para convertirlos, como lo hizo, en soldados de la República; el que en Guanare renunció las gruesas sumas que se le debían, cediéndolas al tesoro público; el que hallándose en el Perú se tachaba á presencia del oro que le amontonaba á sus plantas un pueblo agradecido, el hombre, en fin, que después de veinte años de estar en el mando, se vio obligado á vender su escasa vajilla de plata para hacer frente siquiera por algunos días á sus más premiosas necesidades, renunciando en tan aflictivas circunstancias los treinta mil pesos anuales que le asignó el Congreso en Bogotá en consideración, entre otras cosas, á que «el héroe no sólo había dado exis-

tencia y vida á Colombia por sus incascentes é inauditos esfuerzos, sino que había excitado la admiración del universo por sus proezas y eminentes servicios á la causa americana,» no ha podido estar sujeto á la vergonzosa sed del poder.

«¿Sería la ambición? Pero entonces, ¿cómo se empeñó en conducir á Miranda desde Europa á Venezuela para que dirigiese las operaciones de la guerra como generalísimo? como se sometió á éste voluntariamente, respetándole y obediéndole á pesar de tener contra él varios motivos de justas quejas? Desvanecen también tal suposición el hecho de renunciar el mando de sus tropas en 1814, condenándose á un voluntario ostracismo á trueque de no ver deslustradas las armas de la patria con los efectos que podía producir la resistencia del general Castillo á las órdenes del gobierno; las reiteradas divisiones que hizo del mando en diferentes épocas, usando siempre de un lenguaje brillante, ingenuo, persuasivo, algunas ocasiones brusco, y en todas las veces empujado en patriotismo y desprendimiento. Oíd á este respecto algunas de sus palabras pronunciadas en tiempos muy distantes entre sí:

«Estoy más pronto á subir al cadalso que á continuar en el mando.»

«Si el Soberano Congreso persiste, como temo, en nombrarme Presidente del Estado, renuncio desde ahora para siempre el glorioso título de ciudadano de Colombia y abandono de hecho las riberas de mi patria.»

«No quiero mandar más: ni la patria, ni la ley, ni el bien mismo de Colombia me exigen lo contrario. Yo no he nacido para magistrado. No sé ni puedo serlo.»

«El Congreso debe persuadirse que su honor se opone á que piense en mí para este nombramiento (el del Presidente de la República) y el mío á que lo acepte. Lejos de vosotros y de mí acto tan innoble.»

«Ya la América es libre. No tengo más qué hacer. El mando me fastidia, y la agitación de la vida pública me es detestable.»

«Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como al jefe de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado á la magistratura. . . . Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado á Colombia; no es la balanza de Astrea; es un azote del género del mal que algunas veces el cielo deja caer á la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos.»

«Queréis, señores, todavía frases más ingenuas, más elocuentes? Hélas aquí.

«Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y ese debe ser el último día de mi poder; porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido á Colombia, y porque no puede haber república donde el pueblo no está seguro de sus propias facultades. Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean.»

«Debéis estar ciertos, dijo finalmente al separarse del mando que renunció en 1830, debéis estar ciertos que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dió la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento á la felicidad de mis conciudadanos.»

«Cuál, pues, era el fin, señores, el aguijón que impelía á Bolívar á seguir trocando infatigable por las rápidas y poligrasas pendientes que lo

condujeron á la cumbre de la gloria y del martirio? Bien lo sabéis. Este aguijón no fué otro que su delirante y excelso patriotismo. Así, la viva llama de su acendrado amor á la América, brilla como un perenne furo en todas las acciones de su vida; en medio de la pompa de sus triunfos, como en los aciagos días de sus reveses, en los campos sangrientos de Marte, como en el purpúreo bufete del magistrado; en sus ardientes proclamas, con sus discursos sobre gobierno y administración; en los inmortales documentos de la vida pública, como en la amena correspondencia de carácter privado ora expone en ella los dulces afectos de la amistad ó los tiernos arrebatos del amor, ora la mar que con el negro ribete del duelo ó extiende en el papel los risueños rasgos de la congratulación; bien estampe los apacibles conceptos del agradecimiento, ó las sentidas quejas que arañaban á su alma generosa la ingratitude y la injusticia de los hombres. Y en todos sus escritos, cuánta verdad y belleza! Cuánta sublimidad en los pensamientos! Qué de primorosos poesía! La patria no es para él únicamente el lugar en que se ve la primera luz, sino «el que ha formado con sus elementos nuestro ser.»

«El servir á la patria, es un concepto «el primero de los deberes.»

«El destino glorioso á que aspiraba fué el derramar su sangre por la patria.»

«Os acordáis, señores, del modo con que designó á Carriés en la proclama dirigida desde San Antonio á los soldados de Cartajena y de la Unión? «En menos de dos meses, ¡señor, habéis terminado dos campañas, y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y que debe terminar en el país que me dió la vida.» ¡Oh dichosa Carriés, que así mereciste ser designada por el más lustre de tus hijos, el primero entre los héroes de América y quizá del mundo! ¡por qué no son tus murallas de oro y tus pavimentos de jaspé! ¡por qué no luce perenne y radiante sobre tu horizonte el sol de la paz y de la prosperidad ilimitada!»

«Prosigamos, señores, por algunos momentos más, trayendo á la memoria algunos otros artículos de las fervientes protestaciones de amor á la independencia y libertad de estas Repúblicas, nacidas del fondo del inflamado corazón de Bolívar.

«El general que ha conducido las huestes libertadoras al triunfo, no os disputa, decía á los venezolanos en 1813, otro timbre que el del correr al peligro y llevar sus armas por doquiera haya tiranos. Vengar la dignidad americana tan bárbaramente ultrajada, restablecer las formas libres del gobierno republicano, quebrantar vuestras cadenas, ha sido la constante mira de todos sus combates.»

«Yo llenaré con gloria mi carrera, dijo en otra ocasión en su Manifiesto á las naciones del mundo, esa carrera que he emprendido por la salud de la patria, ó moriré en la demanda.»

Dirigiendo la palabra en 1814 á la asamblea popular de Carácas: «El odio á la tiranía me alejó de Venezuela cuando vi la patria segunda vez encadenada; y desde los confines lejanos del Magdalena, el amor á la libertad me ha conducido á ella, venciendo cuantos obstáculos se oponían á la marcha que me encaminaba á redimirla.»

En su proclama de San Cristóbal (1820) al ejército libertador: «El género humano gemía por la ruina de su más bella porción. Era esclava y ya es libre.»

«Pronto á sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y

hasta la gloria misma, decía en 1827 agobiado con el peso de su renombre, no puedo sin embargo hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar á Colombia, no conociendo ningún género de administración * (11)

En la contestación al acta popular de nuestra hermosa capital, se expresó así: "El gozo de Colombia ha llegado á su colmo al recibir en su seno al pueblo de la República que levantó el primero el estandarte de la libertad y de la ley contra la usurpación extranjera.... Qué lo llevará consigo siempre el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento y del conocimiento más perfecto de una política sublime y de un patriotismo acendrado".

¿Qué honra, señores, para nuestra patria, el ser juzgado así por quien rodeado de una aureola deslumbrante de gloria, tenía siempre fija su vista de Argos sobre la conducta de los individuos y de los pueblos, para dar á cada uno lo que le correspondía —encomio ó baldón!

Oídlo, señores, haciendo resonar su simpática voz, en 1823, en la hacienda de San Vicente, cerca de Ibarra hoy oculta por la furia del terremoto, como lo fué la patria del héroe en 1812. Oídlo, repito, en la improvisación de un himno inmortal por su verdad, filosofía cristiana y sublime poesía: "Jesus que fué la luz de la tierra, dijo contestando á un celebrado discurso que le dirigió en la mesa el prior de los dominicos de Quito, no quisó dignidades ni coronas en el mundo; El llamaba á los hombres hermanos, les enseñó la igualdad, les predicó las virtudes cívicas más republicanas, y les mandó ser libres, porque los amonestó que debían ser perfectos. No hay perfección en la servidumbre, ni moral en el trabajo de las facultades activas de la humanidad".

Reparad bien, señores: Jesus es la luz de la tierra, y la luz no se deslumbra con el brillo de cejotas y coronas? Jesus es Dios, y Jesus se humanó á llamar hermanos á los hijos del barro; Jesus manda, mirado bien, manda, no aconseja á los hombres á ser libres. Do qué modo? aconsejándoles á que cumplan con el deber de ser perfectos, y la perfección y la servidumbre son cosas que mutuamente se repelen.

¿No es verdad, señores, que es menester ser todo un Bolívar para improvisar tan admirables frases? ¿No es verdad que ellas revelan el más puro amor á la libertad, el conocimiento más cabal y piadoso del espíritu vivificador de nuestra adorable religión?

Rodeado un día en la espléndida Lima de varias señoras que le inscribían para que se quedase en él; Pero, se expresó con la exquisita cortesía, como vedora ternura y florida lenguaje que vaia á dir: "Señoras, les dije, el silencio es la única respuesta que debía dar á esas palabras encantadoras que encendían no sólo el corazón sino también el deber. Cuando la bella habla, ¿qué pecho puede resistir! Yo he sido el soldado de la verdad, porque he combatido por la libertad, que es bella, hechicera y lleva la dicha al seno de la hermosura donde se albergan las flores de la vida.... Pero mi patria... ah, señoras! Colombia...."

Ved, señores, ved; aquí nada sobra ni falta—dulces frases, suaves afectos, delicados pensamientos. Hablaba con señoras, y era preciso que sus palabras brotaran flores, su aliento aromas, su corazón gahtería y amor; pero á todo excede el impulso de su patriotismo. En este supremo conflicto reprime las afecciones de

este torrente que inunda su pecho, y sólo pronuncia tres frases trancas que indican admirablemente la agitación de su alma: "Pero mi patria!.... ah, señoras! Colombia...."

¿Qué contraste el que forma este lindo madrigal no rimado, con las palabras atronadoras que partían de sus labios, como los rayos de Júpiter, contra la ibérica opresión en los tucos tiempos de la guerra á muerte! Y sin embargo, el héroe de los Llanos y el héroe que así habló á las matronas de Lima, es el mismo hombre, es Bolívar.

Duéleme, señores, que la naturalidad de este discurso no me permita recoger algunas perlas más en el océano de elevados ideas, pensamientos magníficos y sublimes afectos en que abunda la gloriosa carrera de Bolívar, y ántes temo que la vulgaridad de mi palabra haya presentado menguada en mi narración la gigantesca talla del héroe colombiano. Oíd! él sabrá perdonarme desde allí arriba, en gracia de mi entusiasta admiración á sus eminentes virtudes. En adelante mi elogio á Bolívar consistirá en pronunciar su nombre é inclinar la cabeza, porque hay veces que la elocuencia es el silencio. Para hablar dignamente del Libertador es necesario ser un Olmedo, y Olmedo ya no existe.

Tal es, señores SIMÓN BOLÍVAR, primero y principal elemento de la grande idea á que aludí al principio de mi discurso. Nadie es más digno que él de la gratitud de América y de la admiración del mundo. El pensamiento de honrar su memoria con un monumento, merece por lo mismo el encomio de la justicia y el aplauso de la civilización.

¿Veamos ahora si la erección de una estatua es lo que debe constituir la expresión eterna del solemne homenaje que se trata de rendir á nuestro Libertador.

Los monumentos con que las naciones civilizadas y virtuosas suelen manifestar á las futuras generaciones el alto concepto que se han formado de los grandes hombres que sirven á la humanidad, pueden dividirse, á mi modo de ver, en literarios y artísticos. De los primeros se encargan la poesía y la historia, y de la erección de los segundos la pintura, la arquitectura y la escultura. En el Ecuador contamos, por fortuna, entre varios monumentos del primer género dedicados al Libertador, dos tan gloriosos que no creo tengan rival en ningún pueblo de América. Hablo del inmortal canto á Bolívar sobre la victoria de Junín, ornado en las playas de esta ría por Olmedo, príncipe de los poetas del Nuevo Mundo, de cuyo nacimiento blasona con razón esta ilustre ciudad de Guayaquil. El segundo es el testimonio noble, patético y eminentemente patriótico y moral que en 1830 dió á Bolívar el pueblo quiteño, llamándole á su seno y reconociendo sus glorias imperecederas y sus impanderables servicios á la República, cuando el héroe, harto de los oprobios de la ingratitude y alimentado con la hiel de crueldades de los enemigos, se vió injustamente proscrito en la tierra en que se nació su cuna y en que brilló ántes que en otra con la luz de la victoria su espada libertadora.

Pero los monumentos literarios no alcanzan á satisfacer los deseos del entusiasmo ni á pagar la deuda de una inmensa gratitud. Ellos representan la idea abstracta é incorpórea, visible sólo á los ojos de los hombres inteligentes é instruidos. Esto no basta, no satisface. Los monumentos dedicados á perpetuar la memoria de los bienhechores de la humanidad,

deben estar también á la vista de la masa del pueblo rudo, para que se instruya, agradezca y se estimule á la práctica de las nobles acciones; y deben asimismo hallarse en relación más directa é íntima con el hombre, que es compuesto de espíritu y materia admirablemente organizada por la divina sabiduría, condiciones que se consiguen más bien con las formas exteriores, con el uso artístico de ciertos elementos corpóreos. Tan evidente es, señores, lo que acabo de expresar, que para el acto más sublime y espiritual que hay en la tierra, que es el adorar á Dios y dirigirle las plegarias de nuestra alma, no son de grande ayuda la suntuosidad del templo, la fragancia que espasa el incensario, las arrebatadoras armonías de la música, el esplendor de los ornamentos sagrados y la solemnidad de los cantares con que rinde homenaje al Señor nuestra augusta madre la Iglesia católica. Es, pues, indubitable la necesidad de los monumentos del segundo género, y satisficérola respecto de Bolívar es lo que ahora os propongo con un patriotismo digno de ser ensalzado.

Estos monumentos, señores, pueden, me parece, reducirse al cuadro, el sarcófago, el arco y la estatua. El arte mágico de la pintura, perdido entre las ruinas del paganismo, renació en la era cristiana con el portentoso pincel de Giotto. Más comprensivo, más ideal, más elevado, más inspirador y más acomodado á la sublimidad del cristianismo que la escultura, excede á ésta con mucho en la excelencia de dotes. Pero la pintura con su admirable poder de imitación y combinación, con su cielo azul é encapotado, sus tintes, su luz sus sombras, sus lagos transparentes y mares borrosacos sus verdes vegas, y desnudos precipicios; finalmente, con su prodigiosa facultad de contener un mundo en un metro de tela, no ejerce su imperio sino en las galerías y salones, de ninguna manera en los lugares abiertos, de libre concurrencia, donde campean á cielo raso los sepulcros, los arcos y las estatuas. Estos objetos se encuentran por todos sin ser buscados; mas para visitar algún cuadro determinado en los palacios de la pintura, es preciso saber ántes que él existe y hacer solícita diligencia para hallarlo, cosas que presuponen alguna instrucción y buen gusto.

Ademas, el lienzo animado por el pincel está lejos de reunir las condiciones del mármol y el bronce para resistir á los embates de los siglos y para asociarse á la idea de inmortalizar á los grandes hombres, que es el objeto de los monumentos que se elevan en honra suya.

Quizá, señores, esta fácil destructiva de los cuadros es una de las causas de haber desaparecido de la sobrecarga de la tierra las obras que el maravilloso arte de Apólo debió producir en los tiempos del paganismo en Grecia y Roma, al paso que los mauseolos y estatuas de ellas siguen siendo hasta hoy los admirables modelos del arte.

De lo que acabamos de considerar se deduce que no es la pintura la más adecuada para la formación de monumentos populares, como debe ser el que se trata del levantar en honra de Bolívar.

Examinemos ahora los que son sumiistrados por la arquitectura, que, como ya hemos visto, son el sarcófago y el arco.

Si el primero no encierra realmente las cenizas del personaje á quien se ha dedicado, degenera en la expresión monumental de una

mentira, y pierde, en consecuencia su belleza, porque "no hay belleza sin verdad." El hecho de haberse construído á las veces sepulcros para despojos imaginarios, no destruye la fuerza de esta reflexión; y tal ejemplo no debe imitarse, porque los sarcófagos oscurios son en el cementerio ó en el templo lo que la moneda falsa en el mercado, ó la artificial imitación de un diamante en un cofre de piedras preciosas. Así, el sarcófago levantado en Florencia para honrar al Dante, cuyas cenizas reposan en Ravena, puede considerarse más bien, como un monumento conmemorativo de la ingratitude de los antiguos florentinos que espulsaron de su suelo natal al sublime poeta y de la veneración con que lo ven los modernos. "Crímen y expiación," pondría yo en vez de aquel *honorate!* *El altísimo poeta que se lee en el exterior del soberbio sepulcro.* Con razón la vista de tal mauseolo hizo resonar la varonil lira de Byron con las desgarradas y tempestuosas vibraciones del dolor y la indignación.

"Ingrata Florencia, dice el bardo de Abbián en una sombría estrofa espenseriana, Dante reposa lejos de tus murallas en una ribera que te ocha en cara tu injusticia."

No convendría, pues á nuestro objeto la dedicación de un sarcófago á la memoria de Bolívar, una vez que sus cenizas yacen en el seno de la ciudad "que le dió el sér."

El arco, digno hijo de la soberbia Roma, más complicado en su estructura, más sólido en su construcción, más grandioso é imponente en sus líneas y proporciones que la estatua, se presta menos para representar las grandes acciones de una individualidad, que las glorias colectivas de varios hombres, y aun de todo un pueblo, cosechadas, bien sea en los campos de batalla, bien en el ameno campo de la paz y del progreso.

Juzgo, por lo dicho, señores, que se ha pensado con acierto cuando se han preferido los arcos de la escultura á los de la arquitectura para dar cima al grandioso proyecto á que vengo aludiendo.

Con efecto, la estatua con su unidad simplísima, su majestuosa sencillez y su poder singular de destacar del helado mármol ó el duro bronce la forma humana en sublime apoteosis, es la más adecuada para ser la expresión artística del homenaje debido con especialidad á las virtudes cívicas de un grande hombre.

Verdad es que varios literatos y artistas de cuenta han calificado á la admirable arte de Praxiteles por la más sensual y pagana de todas. Pero, señores, ¿no os parece que aquí se confunde el intento del artista con el arte mismo? ¿podremos decir que la eponya es sensual y pagana, porque Homero hizo entrar en la liada las livandades y grotescas miserias de los dioses de su Olimpo, nosotros que leemos la *Jerusalén liberada* y *El Paraíso perdido*? Y contrayéndonos á la estatuaria, quisiera que se me dijese qué hay de pagano en la estatua de San Jenaro colocada en el puente de Nápoles en ademán de contener con la mano la furia amenazadora del rugiente Vesubio? ¿Quién deja de ver en los mármoles que representan á los santos de nuestros templos católicos, las elevadas inspiraciones del cristianismo? Si los griegos y los romanos se propusieron rendir culto al elemento corpóreo del hombre en la erección de sus desnudas estatuas, no se propusieron, sin duda, tan bajo fin Buonarroti, Cellini, Ricci, Canova, Tharwaldsen y Bernini en la construcción de las suyas, revestidas de la tiara del Pon-

lífice, la armadura del guerrero ó la toga del magistrado, sino en el caso excepcional de haber de tratar asuntos perniciosos á los tiempos del paganismo. Por el contrario, todo persuade á creer que estos géneos de la escultura cristiana se esforzaban, aunque no siempre con buen éxito, en hacer reflejar en los contornos de las cabezas de sus estatuas los nobles atributos de la inteligencia y los elevados arranques del espíritu. ¿Ni por qué ha de atribuirse á éstos distinto propósito que el que guió el pincel de Sanzio en sus célebres cuadros? Quizá Miguel Angel y algunos otros se extraviaron más ó menos á fuerza de admirar las obras de Fidias y Praxíteles; mas tales extravíos del génio, aun suponiéndolos intencionales, no menguan en nada la excelencia de la escultura ennoblecida por nuestra divina religión, como no menoscaba el tipo pagano del Juicio final representado en la capilla Sixtina por el mismo eminente artista, la grandeza del arte pictórico, al cual el cristianismo inspiró su Madonna del Poligno, su Comunión de San Jerónimo y su Transfiguración del Señor.

Por todo lo que acabo de expresar se ve que con sobrada justicia el ilustre Ribas, á quien el Libertador mandó se designase con el título de "el vencedor de los tiranos," dijo en su alocución á la municipalidad de Carácas en 1813, que "la elevación de una estatua es, sin duda, el más alto honor que puede hacerse á un mortal".

Réstemelo ahora decir algo sobre el tercer elemento de la idea que me he propuesto analizar. Aludo, señores, al lugar en que debe colocarse la estatua de BOLÍVAR.

Loable es, sin disputa, que cualesquiera ciudades ó aldeas eleven monumentos á los benefactores del género humano; pero hay pueblos para quienes el hacerlo es un deber sagrado, y el omitirlo una falta, talvez un crimen. Hablo de los lugares en que ha nacido algun grande hombre, y de los en que se efectúa algun imperecedero suceso con él relacionado. En el caso actual, si bien Guayaquil no ha tenido la dicha de que sus tumbas auras acariciasen la cuna de BOLÍVAR, fué el teatro en que se verificó una escena de las más sorprendentes, significativas y sublimes de la vida del héroe. La reunión de él y San Martín, ángeles de la independencia que elevándose en las esplendentes alas de la victoria vinieron desde las dos extremidades de nuestra América, á posar bajo el pié de las palmeras de estas playas, para estrecharse en dulce amistad sus manos libertadoras y fundir en una sola entraña henchida de patriotismo, de heroísmo y de gloria los dos más grandes corazones que han palpitado en el mundo de Colón.

No hay historiador que yo haya leído que no refiera este suceso como uno de los más notables ocurridos en los gloriosos tiempos de la encarnizada lucha con España. Permitidme, señores, que en gracia de su importancia, os traiga á la memoria algunos de los conceptos relativos á este grandioso acontecimiento grabados en áureas páginas por el buril de la historia.

El esclarecido Paez acoge en su autobiografía las siguientes palabras de un orador bonaerense:

"La atención de aquellas regiones, dice, se concentró en el espectáculo que iba á presentar aquel encuentro de los dos hombres extraordinarios, que partiendo desde los extremos del Mundo Nuevo, el uno desde el Plata, el otro desde el Ori-

noco, se daban cita bajo el Ecuador á la sombra de los laureles de la victoria."

Nuestro ilustre compatriota Cevallos en su *Resumen de la Historia del Ecuador*, se expresa así: "Guayaquil fué la ciudad en que vinieron á conocerse y conferenciar aquellos dos hombres, los mayores capitanes de nuestro continente, que habían recorrido con sus ejércitos el uno de N. E. á S. y el otro de S. E. á N., dos grandes semicírculos que abrazan casi toda la América meridional, pisoteando y trajinando los Andes, como trajinamos los hombres comunes las plazas y mercados. Venidos ámbos por distintos y aun contrarios rumbos, de las orillas del Atlántico, llegaron á sentarse juntos en las playas del Pacífico; San Martín, afianzando la redención de su patria, libertando á Chile y protegiendo al Perú; BOLÍVAR, emancipando igualmente la suya, en camino para auxiliar al Perú, y predestinado á fundar un pueblo nuevo que debía inscribirse en el registro de las naciones."

El eminente escritor venezolano Larrazábal, en su *Vida de Bolívar*, acoge con satisfacción los siguientes conceptos, expresados por el señor Vicuña en su *Reseña biográfica de San Martín*: "Esta es la gran carrera de los géneos, dice aludiendo al suceso que nos ocupa, en la que les vemos empeñados, sin perder aliento, hasta que casi exánimes de gloria y de fatiga se echa el uno en brazos del otro en el Malecón de Guayaquil. Nunca el Eterno acordó con su mano inescrutable dos séres más extraordinarios, en hora más solemne y sitio mejor elegido. Son dos hemisferios, dos zonas, dos mundos que se juntan."

Deduzco, señores, de todo lo que acabo de decir, que es digna de alto encomio é interminable aplauso, la idea de levantar una estatua á BOLÍVAR en esta ínclita cindad de Guayaquil. Y ojalá en la cara principal de la base del monumento apareciera en relieve la gloriosa entrevista á que acabo de hacer alusión! A realizar tan feliz idea, deben contribuir no sólo los hijos de esta capital del Guáyas, sino todos los ecuatorianos de las demas provincias que se interesen en las glorias de la patria. Una vez elevada la estatua, ella honrará no sólo la memoria de nuestro Libertador y Padre, sino á los que concibieron y llevaron á ejecución el proyecto de erigirla; así como el arco soberbio levantado en Roma á Tito y Vespasiano, cede también en honra del Senado y pueblo romano, á los cuales debe su existencia indefinida el suntuoso monumento triunfal. Señores: no desmaye un instante en la noble tarea que habeis aceptada, para que la patriótica idea de los bomberos de la *Salamanca* se convierta en una realidad. Acudid á la liberalidad de este generoso pueblo, y no dudéis que se apresurarán á contribuir á los gastos de la empresa, los ancianos que tuvieron la dicha de conocer personalmente á nuestro héroe; los jóvenes que deben á su invicta espada el beneficio de no haber respirado un momento el aire mefítico del despotismo extranjero, sino siempre el dulce ambiente de la independencia; las virtuosas matronas que deben á los esfuerzos hercúleos del atleta americano el que hayan caído en pedazos las puertas de bronce que impedían penetrar á sus hijos en el templo de la sabiduría y en los palacios de la industria en los menguados tiempos de la dominación ibérica; y las hermosas niñas del Guáyas que tantas pruebas han da-

do de elevación de espíritu y nobilísimos afectos. ¿No las visteis hace poco ofrecer á la fina y respetuosa galantería de la juventud guayaquileña las esmeradas labores de sus manos, en obsequio de una gran nación afligida por el infortunio? Acudid, pues, señores á ellas, y estad seguros de que os ayudarán con el contingente que produzcan sus obras de aguja y los conciertos melodiosos de su divino cantar. Esta última no es idea mía; hace algunos meses que la oí lleno de admiración á uno de esos ángeles de la belleza, del patriotismo y de la armonía, al expresar su deseo de que las señoras iniciasen el proyecto de elevar un monumento á BOLÍVAR. Ved, pues, cómo las hijas de este suelo se nos anticipan á los hombres en las inspiraciones del amor patrio. Lo digo en homenaje tributado á la verdad.

Pero, señores, no nos contentemos con llevar á feliz remate nuestros trabajos sobre esta materia; juremos también en nuestro corazón ser dignos de BOLÍVAR, dignos de su gloria y de sus inmortales proezas y sacrificios, conservando, aun á costa de nuestras vidas, el bien inmenso de la independencia que nos legó; seamos virtuosos para ser libres, y unidos para ser fuertes. Pensemos siempre en el bien de nuestra patria, que hoy marcha bajo la sombra de la paz por el camino del progreso á su prosperidad y ventura. Desterramos de una vez de nuestras almas esos mezcquinos rencores que envenenan la sociedad, y ese espíritu de revueltas y desórden que degrada y desacredita á otras secciones de América. Temamos, señores, temamos que estas palabras de BOLÍVAR "quién sirve á la América ara en el mar," dichas en momentos de suprema congoja, sean en sus resultados algo semejantes á ese *penit me*, que pronunciado por la boca divina, fué el precursor del diluvio. Y por el contrario, esforcémonos en que el Ecuador sea en medio del cataclismo que hoy preparan en todo el orbe las depravadas pasiones de la impiedad y de la desenfrenada demagogia, la tierra clásica en que vengan á albergarse las buenas ideas, los sanos principios, los encantos de la concordia y los elementos de la humana perfectibilidad, que están al zozobrar en el mundo europeo. De otro modo, la estatua de BOLÍVAR, será un sarcasmo á su memoria, los buenos ciudadanos desearán más bien, para no verla profanada, que ella sea arrebatada por el torbellino del desenfreno popular, como lo fué hace poco en Francia la gran columna que representaba en el bronce, elevada sobre la plaza de Vendome, las glorias nacionales de esa gran potencia, y nuestra amada patria desaparecerá también envuelta en sangre é ignominia. Guárdenos Dios de semejante catastrofe. El génio de BOLÍVAR nos cubra desde lo alto con la cija de sus virtudes contra los tiros de la perversidad; y el Ecuador, colocado, como está, en medio de la tierra, resplandezca con luz perenne de creciente dicha.

De la "Vida de Bolívar" por Larrazábal copiamos el siguiente trozo.

En tanto, el Libertador que se preparaba para seguir á Cartagena y embarcarse de allí para Jamáica ó para Europa, esforzó en privado á sus amigos para que *liesen libertad sacándolo de las prisiones del mando.*

Fué en esos momentos que aquel recibió en Bogotá la representación

de los principales habitantes de Quito, representación que venia acompañada de una nota del señor Obispo Lasso. Esos documentos forman un contraste nada honroso para Paez y su partido que exigían el ostracismo y la muerte de Bolívar. Dicen así:

EXCMO. SEÑOR LIBERTADOR PRESIDENTE:

Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado á pedir que V. E. no pueda volver al país donde vió la luz primera; y es por esta razón que nos dirigimos á V. E., suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora á V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. á vivir en nuestros corazones, y á recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al génio de la América, al Libertador de un mundo. Venga V. E. á enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador y á suspirar con ellos los males de la patria. Venga V. E., en fin, á tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, á donde no alcanzan los tiros de la maledicencia, y á donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable.

Quito, á 27 de marzo de 1830.—Juan J. Flores, José M. Saenz, Vicente Aguirre, Fidel Quijano, Pablo Merino, Dr. Joaquín Várgas, J. Gutiérrez, Francisco Marcos, Manuel Espinosa, Isidoro Barriga, Dr. Pedro José de Arreta, el General A. Farfán, Manuel M. de Salazar, Juan Antonio Terrán, el Coronel Nicolás Vásconez, Manuel Larrea, el Coronel Francisco Montufar, Miguel Carrión, M. G. de Valdivieso, Eugenio Peyramal, Secretario Ramón Miño, Luis Antonio Brizón, Tomás de Velazco, el primer Comandante José Mariano Andrade, el primer Comandante José M. Guerrero, el segundo Comandante Antonio de Moreno, Mauricio José de Echanique, Juan Maldonado, Manuel del Corral, Juan de León Aguirre, Rafael Morales, Pedro Montufar, R. Aguirre, José Salvador de Valdivieso, José Miguel González, Antonio Balcena, Rafael Serrano, Antonio Aguirre, el Capitán José C. Guerrero, el Capitán Dario Morales, el Comandante Manuel Barrera.

LITERATURA.

¡LIBERTADOR!

Grande por creador de la grandeza De cinco pueblos luminosa égida; Cuando parece que su nombre olvida, Tan sólo un nombre ciñe á su cabeza.

¡Libertador! Valieran la riqueza, El poder, los honores de la vida, Lo que esa voz doquiera repetida Hoy cuando el siglo de su fama empieza.

¡Cien años Apartándose, la sombra Se añora gradualmente y se agiganta, Al fin es rayo inmenso, esplendoroso.

La vivísima luz también asombra De las series del porvenir! si ya fué tanta, ¡Viera yo la grandeza del Coloso.

I. DIAS DEL CASTILLO.

Barbacoas, 1833.

AVISOS.

AVISO A LOS SUSCRITORES.

Con este número empieza la tercera serie de este Periódico, y se suplica á los Sres. Agente se sirvan remitir á la Agencia general, almacén del Sor. D. Ciro Mosquera, en esta ciudad, el valor de las suscripciones de las series anteriores que no se han pagado, y el de la presente, que debe ser adelantado.

OTRO.

En esta imprenta se necesitan cajistas; se les pagará por su trabajo más que en cualquiera otra oficina.